

Crónicas y poemas

Cada mañana

Acuérdate de cuando te arrodillabas y juntabas las manos para aferrarte a un escapulario pidiendo súplica a lo único que queda en tiempos de dolor, la compasión de un dios por sus hijos. Yo te miraba desde la ventana del patio, nunca lo supiste, pero te miraba cada mañana.

Má, usted se acordará de mis hermanos, pero yo me acordaré de su llanto.

Después de veinte años regreso a esta tierra que no he olvidado, la vereda de Yari en el municipio de Casanare. Ahora que vuelvo a mirarla sé exactamente lo que sucedió aquí en esos años, ¿lo recuerda, má?, ¿recuerda esa noche de diciembre del 97? Para mí tuvo sentido trabajar aquí como docente para ayudar a nuestra familia. No, má, no se preocupe. Al echar la vista hacia atrás me doy cuenta de que eso era lo que quería. Ya le he dicho, no se culpe, má, no tuve alternativa, esta era la única vereda en la que mis estudios de pedagogía valían algo, la única manera de seguir ayudándoles.

Allá donde está ese pedazo de tronco, má, quedaba la escuela. Era muy pequeña, las paredes estaban muy desgastadas y solo contaba con la luz del día. Había ropa colgando en la parte de atrás y el viento soplaba bravo haciendo que

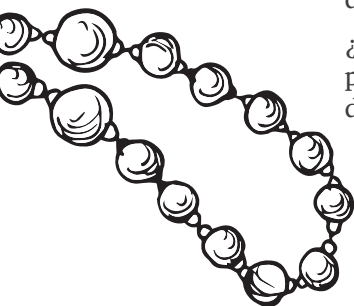
varias sábanas se extendieran por toda la escuela. En ese momento supe que alguien vivía ahí. Hombres y mujeres se paseaban con uniformes, boinas, botas y armas, las llevaban colgando de los hombros y del cuello. Cuando los vi, me paralizó la zozobra. Eran las FARC, estaba segura, y solo escuchaba a alguien decir:

–Venga, hija, no se quede ahí parada, usted está muy jovencita, no puede vivir aquí, camine pa' la casa se queda con nosotros.

Era la vecina quien me hablaba, una señora que vivía a unas cuadras de la escuela. Me quedé en su casa durante mi estadía como profesora.

No, má, no llore más, venga y se sienta conmigo en este andén, tenga, límpiense los ojos con este pañito y le sigo contando. Después de unos días, eso que había paralizado mi cuerpo se volvió una situación muy cotidiana. De ahí que los días trascurrieran de entrega en entrega. Guerrilleros entregando dinero a la gente de la vereda. ¿Qué podía yo hacer? Si hasta el alcalde estaba de acuerdo con eso. No podía culparlos, era la ayuda más cercana que tenían en medio de tanta pobreza.

¿Sí ve la esquina de esa casa blanca, má? A principios del 98 estaba sentado ahí el comandante del frente, siempre andaba por la vereda



de civil, con las botas pantaneras y el fusil en la espalda. Pero esta vez tenía su uniforme, hojas en una mano y un parlante en la otra.

–Querido pueblo –exclamó–, pronto llegarán las autodefensas, queremos que estén con nosotros en la confrontación, no queremos que se interpongan en nuestra lucha, y si atentan contra nuestra organización, serán declarados enemigos de la causa. No olviden que esto es una causa justa, nosotros tenemos un compromiso con el pueblo. Como decía uno de nuestros camaradas, hemos jurado vencer y venceremos.

Ese día entendimos que huir significaba jugarse el pellejo y que negarse no era una opción. Así que colaboramos con ellos: alimento, refugio y lealtad, cualquier cosa que necesitaran se la dábamos.

Las Autodefensas Unidas del Casanare entraron a la zona para ocupar el territorio. Vimos hombres y mujeres de las FARC muertos en el parque de juegos, escuchaba el llanto una y otra vez de los niños. Una y otra vez recuerdo su dolor.

*¿Y qué queda en su muerte? Ninguna rosa,
ningún recordatorio de su nacimiento, ninguna
cruz, ni siquiera la sombra de un árbol para
proteger su cuerpo.*

Yo llegué a los diez





*Y mi amigo a los quince
Y su hermano a los doce
Y mi prima a los nueve
Yo miraba el mismo palo de tronco
Y mi amigo la misma techumbre de plástico negro
Y mi hermano los mismos riachuelos
Y mi prima se echaba a llorar
Y mi madre todavía se pregunta:
¿Dónde estaba yo cuando aún mataba mosquitos?*

Aquella noche nació para nunca más volver a pensar en ella. Una noche que se ha quedado muda ante la desesperación, la muerte y la desesperanza. Esa noche nosotros también nos pintamos de rojo.

Má, ¿recuerdas que después de eso lograste trasladarme a la inspección Ururía en Páez? Duré cuatros años viviendo en ese caserío, pero aun así seguía trabajando en la escuela de aquella vereda, la vereda guerrillera –así la nombraban por mis vínculos con ella–. La Ururía, en ese tiempo, estaba tomada por las AUC.

Yo vivía con una de las profesoras de la vereda en el caserío y todos los días debía bajar a dar clases a mis estudiantes. En uno de mis recorridos, escuchaba decir a gritos: ¿Cuántas veces



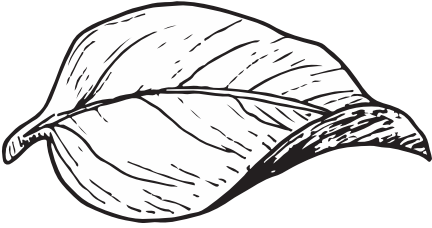
tendré que repetir esta misma historia? Era la abuelita que vivía en la tienda de la esquina, sus pies estaban desnudos y una de sus piernas parecía gangrenada. Caminaba por todas las calles preguntando por sus dos nietas. Nadie se atrevía a decirle que ellas habían decidido marcharse con los guerrilleros. Y ella, sin saberlo, seguía buscando con la fotografía en sus manos y con la esperanza de que algún día aparecieran.

Con la guerrilla no solo se fueron algunos estudiantes, también mataron a uno de nuestros vecinos, se lo llevaron amarrado hasta el caño. En ese lugar un jefe del bloque le leía los cargos, lo declaraba culpable y después decidía si era necesario torturarlo antes de matarlo. Lo acusaron de colaborar con los paramilitares. Su esposa, apenas se enteró de su muerte, salió corriendo de la vereda con sus dos hijas, temía que les pasara lo mismo.

Ahora, al cabo del tiempo, cuando no suena el estruendo y el ruido de una bala, sé que la vida vuelve a empezar.



La cosa fue así Érika, la escuela y la guerra: noticias desde un mango



*Pregúntense si es un hombre
El que trabaja en el lodo
El que no conoce la paz
El que lucha por medio pan
El que muere por un sí o un no.
Pregúntense si es una mujer
La que no tiene cabello ni nombre
Ni fuerza para recordarlo
Y sí la mirada vacía y el regazo frío
Como una rana en invierno*

Primo Levi

La cosa fue así, aunque la memoria puede extrañarse: me vinculé al magisterio como docente con mi título de Normalista Superior de la Normal Superior de Villavicencio en el año 2004. La última semana de enero viajé a la ciudad de Granada, Meta, donde existía en ese entonces la Coordinación Educativa del Ariari, una oficina “sucursal” de la Secretaría de Educación Departamental que se encargaba de enviar docentes y administrativos a los municipios de la región del Ariari. Dicha coordinación era dirigida por un obispo, cuyo nombre no recuerdo.



Recobrar el tiempo hoy se convierte en una necesidad inconfesable, un artificio del que Érika es absolutamente consciente en esta mañana que apresura tiempos de rutina y algarabías adolescentes. Se trata de una mujer joven sin duda (veintitantos, cabello profundamente liso y negro, ojos color marrón), a quien, sin embargo, la piel le anuncia el tiempo, y de quien esa lejana, ausente mirada informa del cansancio de los tiempos que recorre. No es una mujer a la que pudiéramos llamar infeliz, pues el destello de sus ojos lo delata, pero sí alguien a quien la vida la ha tomado por sorpresa, encasquetada como ahora en su bata limpia y su peinado descuidado que revela de alguna manera las pequeñas pero insistentes tareas a que se deben dedicar quienes han asumido el oficio de acompañar la vida, el destino, el rostro desvanecido de otros, en que consiste la profesión de educar.



El colegio Institución Educativa La Julia, un espacio apertrechado entre matorrales descubiertos y un camino destapado que conduce a una de las zonas más ruinosas del municipio de Uribe, departamento del Meta, presenta, sin embargo, un decoro que se destaca:

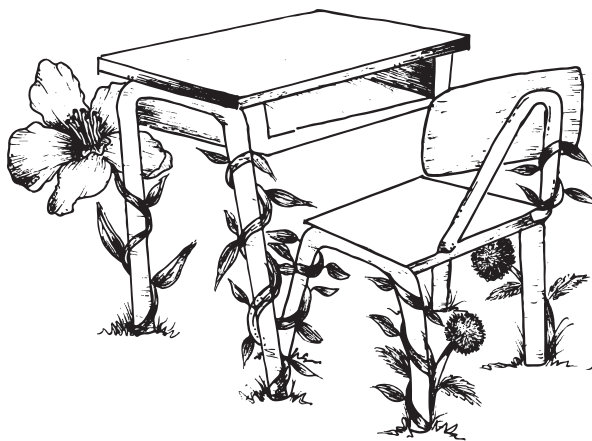
Paredes blancas y cuidadosas que revelan el cariño por la institución, pisos limpios y dignos que algún personal de servicios generales aseó



con esmero muy de madrugada, tableros recién borrados y sillas y escritorios dispuestos uno justo detrás de otro como se acostumbra para conservar el orden y la disciplina hacen de este lugar un escenario propicio para la enseñanza y los aprendizajes, según relata Érika con la seguridad curtida por sus varios años de trabajo docente.

Todo ello a pesar de las siete horas de viaje en medio de trochas y caminos sin pavimentar, que, sin embargo, nunca desmotivaron a quien atestigua su palabra. Siete horas y un paso a través del río Duda luego de que el campero que hace viajes recurrentes padezca los obstáculos, los broches y los trasbordos.

En aquel entonces (1 de febrero del 2004) La Julia era un caserío grande, de aproximadamente 3000 personas, incluyendo las veredas, recuer-



da con la exactitud de un cartógrafo Érika. Recuerda también que era un domingo, con un sol abrasador: polvo y tierra por montones. En la calle principal del pueblo se veían casas construidas en madera, en su mayoría convertidas en locales, cantinas y pequeños bares que hablaban con suficiencia de la vocación económica de la localidad. Se veía mucha gente bebiendo, mercando y paseando, en fin, típico domingo de pueblo, según aseguran con cierto desenfadado orgullo sus habitantes. A las 5:00 p.m., la experiencia la encontró con la que sería su primera escuela rural, lo cual la sobrecogió de manera instantánea. Su nombre parecía perfecto: La Belleza. Loma arriba, según se alarga la memoria, desde la cual se divisaba –aún se puede hacer– un enmarañado paisaje selvático, nada parecido al llano del alma de su infancia, pero imponente y misterioso. Una edificación encerrada en palitos de madera pintados de manera cuidadosa con colores pastel que le otorgaban un aire coqueto y obviamente infantil pero digno. Un aula grande construida en cemento, una batería de baños con duchas y orinales, un lavadero y un tanque embaldosinado con cuadritos de colores azul y blanco. La habitación para el trabajo docente estaba construida en madera tratada para resistir la dura intemperie, algo descuidada y sucia: una pieza pequeña y una cocina, con un





pequeño corredor sin pretensión alguna, más que llevar de un lado a otro de la estancia, tres materas y el necesario espacio para una hamaca, de gran utilidad en las tardes calurosas.

Y allí fue entonces el primer contacto visual con milicianos de las FARC-EP (simplemente ellos, de aquí en más). Ellos andaban normalmente por las calles del pueblo, usando camuflados y distintivos que eventualmente los podrían confundir con soldados, salvo por detalles apenas minuciosos: botas de caucho Venus que los delataban, que certificaban la extracción campesina de sus portadores, pero también la rudeza de los caminos y la precaución de los caminantes ante el rastrojo. Ellos se mezclaban entre la gente, se veían amables y sociables con todos, especialmente con todas. Esa noche recibieron a los quince docentes nuevos que llegaron a las diferentes veredas y los condujeron a la sede principal, ubicada en la localidad que no alcanza todavía la denominación de pueblo. Se presentaron con energía y sin vacilación: Bloque 40 Oriental, como si eso le dijera algo al auditorio, y mencionaron uno a uno sus nombres o sus alias, en una presentación que indicaba la justificación de su presencia. Y allí, entonces, se hicieron venir las recomendaciones generales: “Nosotros conocemos a fondo sus hojas de vida, sabemos sobre sus lugares de origen y sus familias... Limítén-

se a hacer lo que les corresponde y no tendrán ningún inconveniente”. Precauciones con sabor a amenaza, indicaciones escondidas, con llamados de atención que pretendían (y lo hicieron, por supuesto que lo hicieron) recordar el poder de los interlocutores y las inesperadas provisiones ante posibles alteraciones o resistencias.

(Ellos, pronombre que desea ser adjetivo o sustantivo o artificio para referirse a una presencia inexplicable, a una interrogación diaria, a una imagen que por cotidiana se hace invisible pero que permanece allí, que probablemente ha permanecido allí por siempre sin siquiera notarlo. Una presencia que es ausencia. Pero que en su habitar cotidiano insiste como explorador y guía).

Esa primera noche hubo necesidad de acomodarse en una finca cercana a la escuela, mientras se organizaba la jornada de aseo para el siguiente día y así poder instalarse en el lugar que correspondía en la institución. Y con ello la confesión del llanto esa primera noche, extrañar la casa, la mamá, los hermanos, el novio, la ciudad, en fin, la vida: diecinueve años son difíciles de dejar atrás sin amargura en una vida que se partía en dos, antes y después de tal experiencia. Y uno de esos aprendizajes significativos que en estos casos parece necesario



aprender a sortear: la convivencia en dicha región con ellos. Devanear entre la amabilidad y la indiferencia, aprender a manejar esa línea delgadita entre una sonrisa que no parezca coqueteo, pero tampoco miedo o rabia. Mitigar las sensaciones del cuerpo, controlarlo, esconderlo.

La memoria asalta de nuevo el recuerdo y ocupa la conversación. Y es que así funciona la memoria: como urgencia necesaria que llega imprevistamente, acaso involuntariamente y que es necesario sacar para poner al frente, expresar para continuar la agenda de los días que, uno tras otro, significan la vida y que en mañanas como esta se revelan con obstinada intensidad.

Ese año, treinta y dos estudiantes se matricularon en la escuela, repartidos de transición a quinto de primaria, en esa modalidad que se hace necesaria en las zonas rurales debido a la escasez de profesores, la pobreza de la infraestructura, las ausencias del Estado y las distancias por recorrer. En este último grado solo había una estudiante, Sonia, por supuesto un nombre ficticio. Una niña de doce años, inteligente, alegre, solidaria y colaboradora, como la mayoría de los niños criados en el campo, de ojos increíblemente negros y cabello ensortijado recogido ocasionalmente en moñitos de color azul. Su casa quedaba bastante retirada

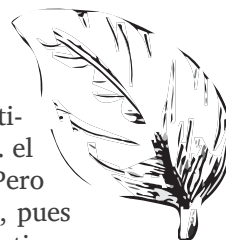


de la escuela, por lo que debía atravesar sola parajes selváticos. En varias ocasiones había sido abordada por ellos durante el camino: palabras bonitas, devaneos sutiles, miradas de deseo que por supuesto intimidaban y acechaban a las mujeres en estos y otros parajes del mundo. Los efectos infelices de un patriarcado que se enquistó tercamente en las sociedades más conservadoras y que se ha naturalizado con todas sus imprevisibles consecuencias. Por supuesto, la mamá de Sonia insistió en retirarla de la escuela para evitar que encontráranlos a ellos constantemente.

La insistencia permitió que Sonia se quedara en la escuela para evitar los tropezones con ellos, tropezones que podrían ser realmente peligrosos como los del día aquel camino al pueblo, a una reunión, nada de interés. La calle se hizo larga entonces, larga y perezosa. Como pocas veces había la posibilidad de salir, el camino se animó entre conversaciones sin utilidad alguna y una que otra broma entre dos chicas, acompañadas por un calor que, en esa época, según un recuerdo que pretende ser mágico, hervía las piedras. Y luego el encuentro con ellos. Varios de ellos. Muchos de ellos. Saludaron, muy amables. Y el sentimiento de miedo que se apoderó de Érika y de Sonia detrás de ella, ¿y qué hacemos? “Es que por tal cami-



no está feo y entonces, ¿sabe?, nos metimos por este, pero vamos a esperar el... el bus para el pueblo. No hay problema. Pero deje, deje nos acompañamos, y no, no, pues gracias, nosotras podemos solas”. Y sentir esas miradas, más insistentes hacia la más pequeña, y darse cuenta de que había varios que ya le habían echado como el ojo a ella.



Y después esa otra estela del miedo, esa situación imperceptible que recuerda que en casa Estefany tiene problemas porque, por supuesto, papá no está contento: “Y es que mire, profesora, acá las niñas no pueden ser niñas: está prohibido. Por eso no se permiten la pestañina, ni el rubor, ni los peines de colores. No puede haber mujeres porque están bajo la amenaza de que se las lleven, así tan simple. Y nunca más regresen a casa”.

“A los dos días después de caminar muchísimo le dije a la compañera conocida que ya no quería seguir y que me quería ir para mi casa, ella me dijo que si decía algo la mataban a ella y después mataban a mis familiares, porque ya tenían todos los datos de ellos... me tuvieron como dos años”. La cita del diario El Tiempo atestigua lo que es secreto a voces en estos parajes que por densos son apenas conocidos, los detalles de los menores que fueron y han sido



raptados por los pomposamente denominados “actores del conflicto”, ese odioso eufemismo que se refiere a quienes de un lado u otro (toda guerra es una pirámide) alteran la geografía de la vida de los otros. Y que recuerda además una sentencia que por evidente es absolutamente descarnada: que la violencia es, estadísticamente, un fenómeno de autoría abrumadoramente masculina. Lo que trae un correlato necesario y atroz: que la mujer, en los escenarios en los que el conflicto teje las partituras de la guerra, pierde su carácter de persona y se convierte en mero medio, en instrumento de deseo, de placer o en un trofeo que es necesario poseer para exhibir: vida pura, nula vida, simple existencia. Una vida separada de su contenido político y por ello sin derechos, sin correspondencias conocidas, sin existencia más allá de la biológica y por eso puede ser gobernada de forma indiscriminada.

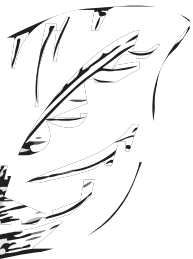
El relato continúa, una vez hechos los necesarios sobresaltos. Como entonces y como ahora, siempre se escuchan las historias de niñas que se enamoraban, que se iban, que eran raptadas, de otras que se marchaban por voluntad propia (si es que se puede hablar de voluntad cuando, sitiados por el miedo y obnubilados por el poder, perdemos la orientación que guía la existencia, en un país en el que el patriarcado es



una norma absoluta y relato cotidiano). Voces para quienes no hay testigos, sino informantes, para quienes hubo siempre pocas alternativas, pero muchos miedos: “Profe, yo quiero estudiar, yo quiero irme para Bogotá, yo quiero irme para Villavo, yo quiero ¿cómo es una universidad?, ¿qué hacen en una universidad, profe?, ¿qué hacen?”.

Una paloma turrugulla levanta vuelo: la tarde se hace pesada después de las tres y reclama un nuevo café, esta vez un poco más cargado para alimentar el recuerdo (que se hace memoria y que será recuerdo una vez más). Los niños apedrean una gran mata de mango a pesar de que no es temporada de cosecha: no importa. Igual, la sal y el limón podrán acompañarlos. Ríen sin parar, se amontonan sobre Julián, el de los cabellos rizados. Se nombran por apodos: Pipe, Sherman, Coco, Negrito... De la profundidad de la sabana llega una brisa fría que refresca un poco las algarabías infantiles. Érika continúa.

Recuerda una situación que también marcó mucho la comunidad. Un secuestro, un compañero de trabajo, un colega. Y aunque la información al respecto nunca fue muy clara, se supo que fue llevado o conducido o retenido (de nuevo el eufemismo: toda guerra es un gran eufemismo) en febrero o marzo de 2005.



Era profesor de una vereda cercana al pueblo. Las acusaciones fueron tan insólitas como ingenuas: “En su escuela tenía unos libros y él estaba enseñándole a los niños de cuarto y quinto algo así de los mapas. Enseña, digamos, en el plano cartesiano para uno ubicarse, los mapas, los satélites. Y encontró unas imágenes en un libro y supuestamente eran unas imágenes satelitales, tomadas del pueblo. Él las encontró y le pareció bien trabajarlas en clase, mostrarlas a los niños, explicarles cómo se toma, qué era una imagen satelital, que ese era el pueblo que no sé qué. Y a raíz de eso se lo llevaron para investigarlo, que supuestamente él estaba haciendo inteligencia militar”.

La guerra es simple, la guerra es ingenua, la guerra es inconsciente. La guerra no es. La guerra se expande, se difumina, se hace para todos. Para todas.

“Yo llegué a esa cantina, porque era una cantina. Mesa de billar, la bulla y ellos estaban sentados ahí, y estaban pagando. Yo nunca había visto plata en lonas y ellos no contaban la plata, ellos la pesaban. Yo nunca había visto eso, para mí eso, ver plata así, yo me quedé mirando. Y ellos vieron mi asombro, porque yo traté de quitar la mirada, pero yo miraba toda esa cantidad de plata y la gente llegaba con su coca y la pesaban,





tanto y ellos pesaban los billetes y tan, así. Y yo, bueno que el radioteléfono, el radioteléfono, la profe sabe que eso se escucha todo. O sea, eso uno no puede tener privacidad. Entonces uno marcaba, quiero llamar a tal número. Mi mamá ya estaba allá, mi mamá estaba esperando la llamada. Y mi mamá: Pero dígame la verdad, hija, ¿cierto que por allá hay guerrilla?”

La guerra es mentirosa, la guerra te obliga a mentir. La guerra es una farsa.

“Y ellos me miraban y escuchaban y les daba risa y yo no, má, no, señora, no. Eh, todo está bien, má, yo estoy muy bien. Escúcheme, mamá, no, que yo escuché la noticia, Dios mío, Érika, por favor, acá no estamos aguantando hambre, véngase. Y yo, mamá, escúcheme, mamá escúcheme, ¿cómo están?, ¿cómo están mis hermanos?, tal cosa, así”. Y ellos: “Profe, ¿se va a tomar algo? Tómese algo”. Nunca lo hice. Por eso tuve que huir.

La guerra es osada. La guerra destroza la mirada. La guerra anula el paisaje. La guerra es enemiga de los árboles.

Y ahora aquí, de nuevo en los asuntos conocidos, tratando de acallar para siempre los episodios de las atrocidades reveladas desde siempre,

pero olvidadas por fuerza de la convivencia con el miedo. En la confianza de nuevas esperanzas.

Es en tardes vegetales como esta, en las que el río Duda rumorea su trazado calmadamente, en las que se relatan junto al café recién colado historias conocidas o escondidas bajo la espesura de este mango, en las que se hace necesario recuperar el sentido de la memoria para el sentido de la verdad para el sentido de la vida. Esa que debemos construir entre todos para inaugurar un nuevo país. Uno que sea realmente posible. Uno que anuncie.

Octubre, 2018.





Mapiripán en la memoria: “la vida debe continuar”

Imaginemos ahora un hombre a quien, además de a sus personas amadas, se le quitan la casa, las costumbres, las ropas, todo, literalmente todo lo que posee: será un hombre vacío, reducido al sufrimiento y la necesidad, falto de dignidad y de juicio, porque a quien lo ha perdido todo fácilmente le sucede perderse a sí mismo; hasta tal punto que se podrá decidir sin remordimiento su vida o su muerte prescindiendo de cualquier sentimiento de afinidad humana.

Primo Levi, Si esto es un hombre

La ciudad se alza áspera en la tarde. El calor sofoca con un sol ceniciento que desespera a los transeúntes y obliga a los refrescos vespertinos. Un viejo equipo de sonido aúlla una música entre estridente e incomprensible en la que se cuentan historias de hombres recios que dieron batalla contra toda forma de gobierno y que ahora se consideran perseguidos, heroicos, valientes: música popular, asienten todos, alimentada por corridos narcos y sonidos locales cada vez más conocidos y que reflejan una cercanía con formas de cantar, con formas de vivir, con formas de amar por todos celebradas.

Son las 4:35 de esta tarde lenta en la ciudad de Villavicencio. Tarde que rebota entre la torpeza y la pereza y que anuncia una noche cualquiera en este particular lugar del planeta de caras alargadas por el tedio, por la cotidianidad y la inocencia.

Ana se declara maestra por vocación. Aunque sus cuarenta y dos años no lo revelen, se considera buena en su oficio: entregada, paciente, dedicada. Las virtudes que maestros y maestras arriesgan para cumplir con la cotidianidad de una labor de la que absolutamente todos hablan pero que nadie, salvo quien se acerca cariñosamente a este oficio, conoce desde el propio territorio. Sus ojos verdes, su piel blanca, su cabello ondulado, pero no rizado, delatan una figura conocida por muchos que recuerda y que no olvida. Que no olvidará jamás.

El relato inicia así, con los consabidos accesos y las explicaciones que aparecen repentinas.

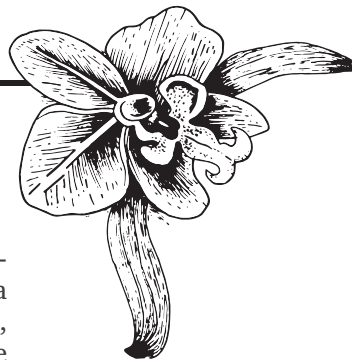
En el año 1997, en diciembre exactamente, se convocó el concurso para nombrar docentes para Mapiripán, departamento del Meta, luego de la masacre en julio de ese año. La razón es sencilla pero brutal: después de la matanza quedó desierto el pueblo. Ana se refiere a los acontecimientos del 15 al 20 de julio de 1997, en los que hombres armados (más de un centenar, con armas de largo y corto alcance) asesinaron hombres, mujeres, ancianos y niños en una cifra aún sin registro confiable, más allá de las 511 familias desplazadas que menciona la

Unidad de Víctimas. Días de sangre, dolor, muerte y desesperación que tuvieron que vivir (de martes a domingo, casi una semana) los habitantes de Mapiripán por la sospecha (infundada, mentirosa, dirigida) de auxiliar a la guerrilla. Por ello, la Corte Interamericana de Derechos Humanos halló responsable al Estado colombiano de haber favorecido la masacre.

El recuerdo sobreviene: las casas desoladas, solitarias y marchitas por la gente que no había querido regresar y que se encontraba en ese penoso proceso de volver, de empezar de nuevo, de intentarlo otra vez. Esa otra forma de espantar la muerte que significa regresar a los lugares del dolor. Llegaron muchos: profesores, un alcalde nuevo que en ese tiempo estuvo presto a cualquier cosa, un director de núcleo educativo también. Muchos de ellos detrás del temor a encontrarse con los episodios que la violencia, por fortuna, esta vez no se llevó. Otros, la mayoría, con la idea fija de regresar al territorio como una única opción de existencia. Todos en busca de las opciones laborales, que en nuestro país para muchos escasean, en forma por demás obstinada.

El equipo de trabajo docente requería consolidarse entonces. Dieciséis jóvenes y esperanzados profesores venidos generalmente de Villavicencio. Trabajo en las jornadas de la mañana y de la tarde, Ana y sus siete meses de embarazo. Y los niños, como en toda experiencia similar, aparentemente ajenos a los oficios de la guerra, a sus terribles officiantes, a sus depuradas pero efectivas tácticas, técnicas y estrategias.

El ingreso a la labor docente significaba para ellos no solo una forma de evadir las estadísticas de desempleo que en el país



aún asustan, sino el escenario propicio para poner en práctica lo aprendido en los espacios formativos: las pedagogías, los saberes específicos, las didácticas, la obligatoriedad de conocer el contexto.

De allí en adelante, las obligatorias labores académicas a pesar de las marcas evidentes. Niños sin familias, pues les habían sido cruelmente arrebatadas: unos asesinados, otros desaparecidos; los más, desplazados. Y en medio el silencio que se hace cómplice entonces y siempre, puesto que se hace necesario no hablar de eso, limitar las voces, mirar hacia otro lado, porque esas son cosas que con ellos no se tocan, pues duelen en el alma o en lo que queda de ella.

Y por ello quizás las estrategias pedagógicas, las formas de educar también se afectan, se desdibujan o incluso se reinventan. Las prioridades se modifican, pues ya lo importante no es quizás la prueba, el examen, el cumplimiento, sino sacar de adentro esa tristura concentrada, ese horror visto y escuchado que se refleja en la pupila y que se ha encarnado en lo profundo del alma. Y para ello el juego es estrategia, didáctica y pedagogía, pues cuando la vida solo puede ser esa profunda tristeza, los deseos no dan para hacerse el valiente o para la fortaleza académica. Eso lo sabían los jóvenes profesores, entre ellos Ana, que rememora con la voz atemperada por el recuerdo de quien narra la importancia de implementar esas experiencias desde otro punto de vista para (un poco, solo un poco) cambiar los horrores del conflicto que allí se vivió con tan aterradora puntualidad.

La tarde avanza sigilosa como gato, serpentea detrás de este relato que se entrecorta con pausas imposibles pero que permite

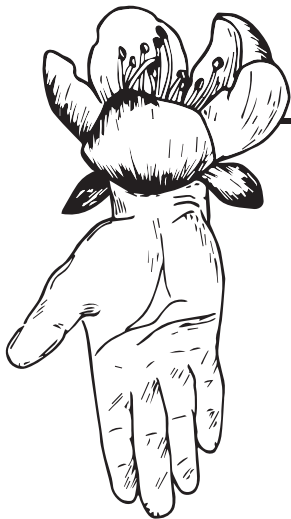




su continuidad. Avisa pronto, a pesar de las ocasionales interrupciones que a esta hora realmente ya no afectan mucho. Ana espanta los insectos que se agolpan como consecuencia de un verano cada vez más recio. Levanta la mirada. Continúa.

Recuerda claramente la vida en el internado. Desde su llegada el 19 de enero del 98 inició la preparación como profesora en la institución educativa local (precaria, necesitada, sin recursos: lo ridículamente usual) en medio de la urgencia por las próximas elecciones, que para los educadores de provincia significa una situación muy conocida: ser jurado de votación. Y con ellas, la preparación para acompañar el gesto cívico de la mano de la Registraduría, papeleo, material de votación, capacitaciones, recomendaciones, sugerencias para afianzar la democracia, por lo menos la electoral.

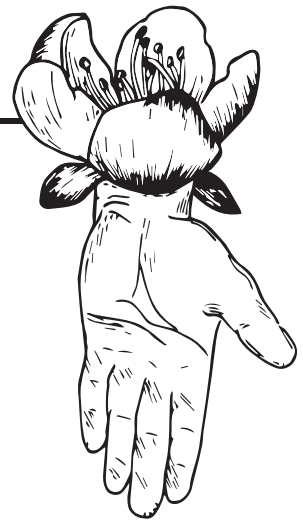
Y así llegó el 6 de marzo de 1998, dos días antes de las elecciones (¿presidencia?, ¿senado?, ¿alcaldías?, ¿quién lo recuerda?, ¿quién lo quiere recordar?). Una vez terminadas las clases y luego de la entrega del material electoral por parte de la Registraduría local, sonó el primer impacto: un estallido terrible que se quedó en los oídos para siempre. Granadas, según constataron luego las autoridades informando con seriedad. Desde un alto se hacían sentir los disparos, los aullidos, los gritos de terror que competían con la preocupación de los jóvenes maestros que buscaban un refugio en medio de una planicie a esa hora derrotada por las armas. Ana, embarazada hacía pocos meses, escudada por sus colegas, corría buscando un lugar seguro para protegerse ella y a su bebé. La refugiaron en una casa y la resguardaron en medio de dos colchones viejos para protegerla.



Los tiros iban y venían, así como las consabidas arengas y los hijueputazos. Se escuchaban las granadas, los bombazos. Una película, dice Ana. Una verdadera, pero de terror.

Minutos hubo de permanecer acostada, escoltada por dos de sus compañeros de infortunio y su precaria defensa de colchones usados. Inusual protección cuando se está en juego la vida, pero quizás la única posible a esas alturas. Un joven acólito de la parroquia, pálido y desaliñado prestó los primeros auxilios y acudió con agua, con la preocupación del embarazo, que, en este punto, según recuerda Ana, constituía una gran preocupación para quienes allí se encontraban. Esas solidaridades necesarias que se desatan cuando todo, absolutamente todo se encuentra en juego. Esas formas maravillosas de estar juntos, de hacernos uno en momentos de tragedia, de horror y de abandono.

Después, pasar una hora más hasta que la calma regresara, o por lo menos su asomo. Revisar los efectos del terror: habían caído unas granadas en el internado y los estudiantes heridos y las ruinas y el llanto que se arremolinaban en la confusión y la angustia, con la mirada perdida de quien no entiende qué sucede, que quizás no lo vaya a comprender nunca. El equipo de salud local (un par de auxiliares de enfermería, un médico jovencísimo que hacía su rural, un voluntario) corría de un lado a otro tratando de ayudar y de aliviar, aunque de manera intermitente producto quizás del mismo despiste y de la misma angustia. Y luego la recomendación necesaria de no quedarse en el internado porque las probabilidades de atentar allí con toda, toda, la documentación de la Registraduría era casi segura, recomendación que fue por supuesto aceptada sin comentario alguno.



Esa calma chicha, esa modorra después de la violencia que acalla y que enmudece se entorpeció entonces por la necesidad de un refugio más seguro que el internado. Una vez en el hotel del pueblo, se obligó a pasar la noche, pero no a dormir, pues el descanso en estas situaciones no constituye necesariamente una garantía. Y así, a las cinco de la mañana sonó de nuevo una granada. ¡Pum! Todos sentados de inmediato, cuando alguien salió de la nada gritando y amenazando: “¡Desocupan el pueblo o los matamos... Si no desocupan el pueblo en diez minutos, los acabamos, hps!

La advertencia terrible no permitió esperas ni treguas, al tiempo que la gente (hombres, mujeres, niños, ancianos: todos) empezó a correr sin pensar, dejando todo atrás, sin que nada de lo abandonado importara lo más mínimo. Según recuerda Ana, y siempre con el apoyo generoso de sus colegas, fue ubicada en una voladora con el cuerpo médico para que no le pasara nada. Y sus compañeros, los que pudieron, tomaron otras embarcaciones. Y los menos afortunados tuvieron que correr porque ellos (así, en genérico, despectivamente si se quiere, solo ellos) empezaron a disparar y a lanzar granadas sin destinatario concreto.

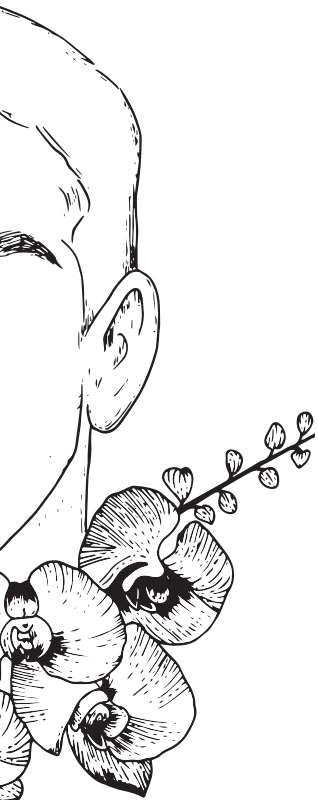
El resto fue de nuevo obvio: una nueva huida para salvar la vida, una nueva aventura hacia el río en busca de las lanchas, los motores, las personas que garantizaran salvación. Dos horas más allá estaba Puerto Nare, un lugar con ninguna pretensión que pudo ser refugio contra el atentado y que constituyó el escenario obligado en el cual se permitió un poco la reflexión sobre lo que acababa de suceder, pues, como es apenas lógico, estas situaciones no permiten la paciencia del pensar pausado y de la toma de decisiones coherentes.

Y es que eso justamente es lo que significa la guerra: una gran máquina totalitaria que impide ver, pensar, amar, sentir, ser. Ese es su único y gran logro, la terrible aniquilación de todo vestigio de humanidad entre humanos.

Una vez en Puerto Nare, recuerda Ana con los ojos alargados de quien tiene memoria y la tendrá por siempre, lo que urgía era la comunicación con la familia, pues la noticia había ya alzado vuelo: “una nueva toma de Mapiripán”, y entonces las tranquilidades mutuas y los no se preocupe, mamita, que todo va a salir muy bien y esas esperanzas cómplices que se retuercen ante esa angustia feroz que viene desde dentro y que se hace sudor y llanto y lágrima al escuchar al padre, a la madre, a los más cercanos pidiendo calma, pues todo pronto se va a solucionar, por supuesto con la ayuda de Dios.

Puerto Nare como refugio significó también tomar respiro para la presencia institucional, para las llamadas de la alcaldía prometiendo que nada iba a faltar, que la administración municipal no los dejaría solos, lo que efectivamente sucedió, a pesar de que, con más esfuerzo que puntualidad, empezaron a llegar ayudas necesarias: hamacas donde dormir, alimentos para mitigar el hambre, agua potable, bolsas negras. Y Ana en un rincón llorando su soledad tratando de explicar la situación, recriminándose, maldiciéndose pese a su condición de víctima y recordando, siempre recordando los destellos de luz que aún se producían en la cabeza y en la penumbra fría de la noche, pues aún se permitía ver, a lo lejos, el paisaje de desolación y tristeza que habían abandonado y que quizás muchos no pudieron dejar atrás.





Tres días en el caserío de Puerto Nare fueron apenas suficientes para atenuar la situación y tomar decisiones. La orden del alcalde fue tomar una lancha hasta San José y una vez allí volar hacia Villavicencio. Pero las elecciones habían pasado ya, el motivo probable de la toma ya no existía y entonces, tal vez por eso, ya podían regresar. El alcalde preguntó por la voluntad de ir a Villavo o regresar de nuevo a Mapiripán a pesar de las muchas noches de angustia.

Es así como esta mujer, esta profesora de un metro con sesenta y cinco que golpetea los dedos uno contra otro cuando habla, tomó una decisión a toda vista destacable: regresar. Regresar por los lazos afectivos con sus estudiantes, regresar por los recuerdos con sus compañeros, regresar por aquellos padres de familia que a esa hora y en ese particular lugar del mundo requerían de su presencia como nunca. Y eso hizo: regresó, con el silencio de quien vuelve cauteloso después de haber presenciado el horror y con la experiencia que dejan acontecimientos tan encarnados como duros. Y ver las calles laceradas por la guerra y las casas atravesadas por las balas y algunos animales muertos (perros, gatos, un par de vacas) que nadie se atrevía a recoger y ese olor dulzón que brota de la sangre empozada.

Y por supuesto el silencio, pues nadie comentó nada, nadie podía preguntar y quien preguntaba recibía señas de que no podían hablar. Para explicarlo con poco detalle, Mapiripán se flanqueaba en aquella época por el ELN a un costado y los paramilitares por el otro. El silencio era condición obligatoria que no se discutía. El tiempo de meditar, el tiempo de asumir las cosas había terminado y cualquier vana forma de razonar se deshacía

en una maraña sin vínculos, de la cual, de forma dolorosa, emergían centelleantes los buenos recuerdos de las casas, de los hogares que contenían esas casas.

Esa larga calle central de Mapiripán permitió el reencuentro de quienes regresaron y el alivio de saber que estaban vivos. Alegría sin abrazos, sin felicidad, sin celebración, pero con una mirada profunda hacia dentro, a intentar recuperar la vida, a recoger lo que quedaba para ponerlo a disposición del nuevo día porque, como se sabe y se repite casi como cliché en situaciones similares, “la vida debe continuar”.

Entonces, nació Alex, su hijo.
Julio 6 de 2018.





Granada: conversaciones en la escuela

*La memoria no es un órgano de mera reposición
con el que podamos hacer presente lo pasado.*

*En la memoria lo pasado cambia de continuo.
Es un proceso progresivo, vivo, narrativo.*

Byung-Chul Han

Granada se alarga justo al lado de la Cordillera Oriental. Serpentea a su costado como una acompañante inesperada, como permanente testimonio, como testigo necesario y único.

Kilómetros más allá, al norte, Villavicencio. La capital de la Llanura colombiana, dicen pomposamente propios y extraños. La capital del departamento del Meta, la entrada a la verde planicie que anuncia al visitante la ciudad más importante de la región orinoquense. No cabe duda, ciudad referente, centro de acopio, motor de desarrollo, municipio intermedio que se revela al país continuando su histórica fundación: cruce de caminos, descanso de ganaderos.

En Granada el calor se hace insoportable, se apelmaza en la piel, estruja la mirada, produce sed (muchacha sed, los lugareños lo atestiguan). Historia también. Y de eso sabe el hombre, un curtido, aunque joven profesor que conoce la arquitectura del dolor que le ha tocado a esta población de poco más de noventa mil habitantes, pero que pudo registrar (con dolor, con anuencia, a veces con secreto asombro) los muchos hechos, los muchos acechos y los muchos secretos de una



guerra que, pausada, lenta, sospechosamente, se transforma con vertiginoso cielo.

Y es que esta ciudad de muchachos alegres, de mujeres cuidadosas y silenciosas sabe de la guerra que el país ha transitado, quizás con la implacable complicidad de quien ha preferido el silencio o la secreta culpa del anonimato, pero que recuerda siempre, que no olvida, que persiste en la memoria que sana y que renueva.

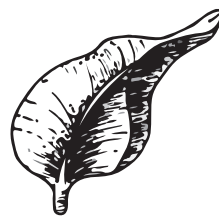
Ignacio nació en Puerto López, fue criado en Villavicencio, en Bogotá, en varios municipios de Ariari: Puerto Lleras, Granada, Lejanías. Cosmopolitismo obligado por los destierros, por los asuntos de la guerra, ¿sabe?, por razones de las muchas huidas, de las muchas carreras, de las muchas tristezas. Estudios en Villavicencio y el Ariari, los obligados para la carrera docente: Escuela Normal, Universidad de La Sabana, Licenciatura en Ciencias Sociales. La vocación como norma, entenderá usted, pues por acá las alternativas escasean.

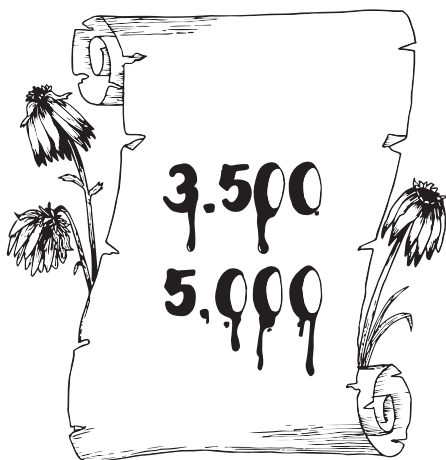
“Megacolegio” llaman ahora a estas fastuosas edificaciones que prometen calidad educativa y en las que con ingenua seriedad profesores, padres de familia, estudiantes y directivas institucionales creen ciegamente para la solución a los problemas que el olvido les ha adjudicado. Y es que las oportunidades no son muchas,

¿sabe? Los problemas de siempre para resolver: pobreza, limitaciones, violencia familiar, falta de opciones para los muchachos, que alegremente corretean detrás del balón o que se esconden bajo las escalas de los pisos inferiores para conspirar contra la vida estudiantil o la vida propia, en ese día tras día que significa la existencia. Megacolegio sin materiales, sin sillas, sin salones o profesores suficientes. Pero algo es algo, ¿no?

Somos tres hermanos, señor, mi padre falleció en el año 1998, mi madre vivía con otra persona, pero siempre he vivido con ellos. Ya fallecieron, mis abuelos ya fallecieron. No tuve mucha convivencia con mis padres biológicos, pero asisto y veo por mi madre actualmente.

Mi infancia fue una infancia bonita. Tuve mucho apoyo por parte de mis familiares, eh, diría yo que me siento bendecido y afortunado porque Dios siempre me ha presentado personas para ayudarme a seguir adelante. Solo lamento no haber compartido mucho con mis padres, pero entiendo que fue necesario para yo poder estar donde Dios me tiene. Dios nos va colocando el camino. La memoria aletea en el recuerdo, dicen. Se apoya en la historia y se alarga en la palabra. Y de repente, sin más, se revela sin aviso. Una infancia bonita hasta que empe-





zaron los problemas, eh, que en este país a todo el mundo afectan.

El primer momento de violencia que empezamos a vivir fue en Puerto Lleras. Yo estaba haciendo tercero de primaria y fue lo del asunto de la UP. Éramos muy amigos del sacerdote en aquella época, un polaco ya fallecido. Él dio a conocer la lista a mis tíos, era muy allegado a la casa, entonces nos dio a conocer la lista que iban a empezar como a matar estas personas y efectivamente así fue. Eso nos generó un caos impresionante en la familia y decidimos venirnos ya para Granada. Mi primer contacto di-

recto, violento, a la edad de nueve años. Ver personas, vecinos muertos, asesinados y, eh, yo no entendía muy bien.

Ignacio se refiere a ese lamentable episodio de la vida colombiana que en este territorio se manifestó con inocultable crudeza. Miles de víctimas del partido político Unión Patriótica asesinados (3500 a 5000, según cálculos oficiales), mutilados, masacrados y desterrados en el departamento del Meta, acusados de pertenecer a la guerrilla de las FARC, las proscritas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, grupo que detrás de un discurso animado por la reivindicación de los más vulnerados pretendió la lucha armada como forma legítima de defensa y de reestructuración de los equilibrios de poder.

Ofensa para el Estado y para la sociedad. Alimento para la desconfianza y el terror. Evidencia clarísima de la violencia encarnada que en este país se manifiesta con aterradora puntualidad. Declaración de poco interés hacia las formas

dialogadas y argumentadas de razón. Cosecha de muerte y destierro. De abandono también.

Y sacaban gente del río ya putrefacta. Bueno, esto generó muchísimo miedo, sobre todo en mi tía, y el miedo era que le fueran a hacer algo a alguno de nosotros, no sé. Entonces decidimos venirnos de allá de Puerto Lleras para Granada. El primer contacto violento es ese.

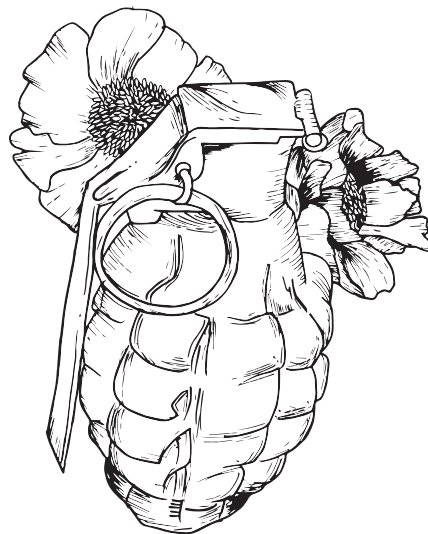
La primera fue cuando tenía nueve años y empezó la masacre con lo de UP. Hoy en día entiendo qué fue lo que pasó, pero en ese momento no, no lo comprendía. Además, hoy soy maestro de Sociales y entiendo perfectamente qué fue lo que pasó.

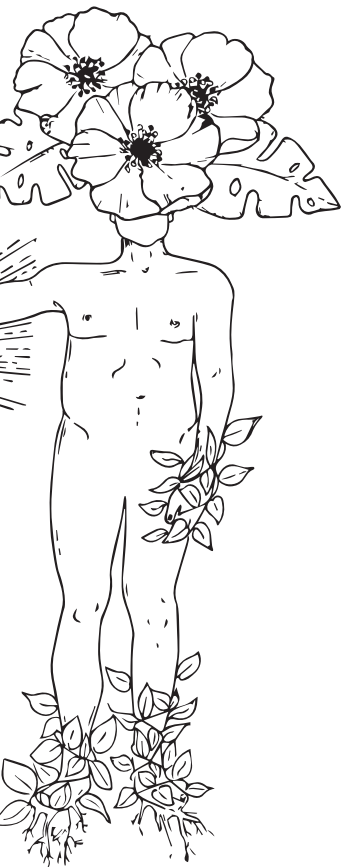
Cuando yo entré al magisterio fue en el año, ya con el Estado, fue en el año 98. Me separé de mi familia. Fue muy brusco irme para Puerto Rico, Meta, casi a ocho horas de Villavicencio.

Entonces fue realmente muy brusco para mí. Nunca había trabajado en el campo.

Allí el temor mío o el miedo mío o la ansiedad era conocer la guerrilla. Uno siempre la había visto por televisión.

La tarde avanza con conmovedora lentitud. Niños con los hombros al sol desentienden el testimonio de este hombre que cumple con la promesa de la enseñanza y prefieren la felicidad tras la pelota. Un pase interminable que se hace gol, un quiebre a la derecha que seduce y alegra la improvisada gradería, un golpe de ca-





beza que alerta a la defensa porque allá, en el impensado terraplén que funciona como cancha multiusos, es imposible perder, pues la vida misma está en juego, o el orgullo, o esa cosa curiosa que entusiasma a aquellos que han conocido de cerca la felicidad. La resolana dificulta la audacia del juego, cobra efectos en la muchachada que exige un refresco para que, rápido, papá, terminemos de una vez por todas antes que suene la campana que obliga el regreso a las clases, a la tediosa formalidad del día a día. El hombre continuó:

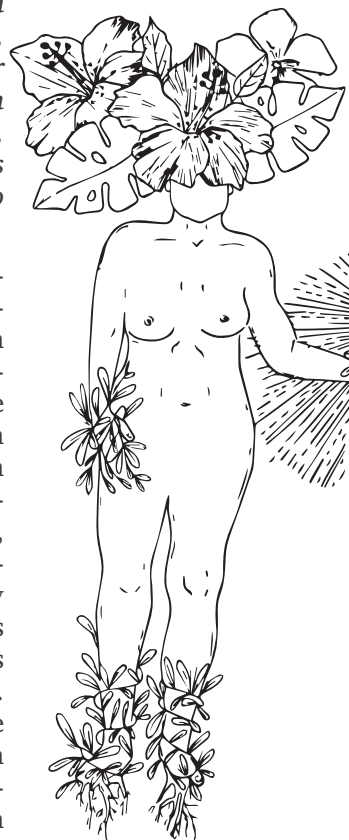
A mí me llegaron, haciendo unos trabajos de la universidad me llegaron. Ahí donde yo vivía conocí la guerrilla y me preguntaron. No le voy a negar que estaba nervioso, pero ya en el ejercicio como docente uno salía, por ejemplo, a cobrar su salario a Puerto Rico, me gastaba seis horas a pie y de ahí tres horas en canoa. Había un pueblito o existe un pueblito llamado Toledo, y si usted era desconocido, ahí le llegaba el tipo armado y ¿usted quién es? Y ¿para dónde va? Y ¿usted qué hace por acá?, duré tres... dos años ahí, pues puedo decir que ya me hice dar a conocer, pero siempre era zozobra. En esos dos años viví cosas que mi vida marcaron, marcaron para siempre.

La escuela, el Ariari, sus reflejos

En este momento y a la edad que ya tengo, es haber alcanzado la plenitud de mis sueños. Yo ahora no pienso tanto en mí, le soy sincero, pienso más en los estudiantes, pienso mucho en mis hijos, ya lo que venga es ganancia. Si Dios me mandara ¡vámonos!, yo ya digo bueno, solamente me preocupan mis hijos, mi familia, si los puedo todavía apoyar y siento la satisfacción en ver

que estudiantes hoy en día son grandes profesionales y qué gusto volverlos a ver, saludar. Me llaman, me escriben, me cuentan y tengo gente en el exterior y entonces yo digo qué verraquera, como ayudó mi conocimiento y el de otros compañeros a sacar este muchacho cuando nadie le daba un peso, nadie creía en esa persona, entonces es cuando uno definitivamente dice, ¡hey!, misión cumplida. Y si nos toca trabajar no sé cuántos años más en esta bonita labor, no he pensado cuándo parar, la verdad no lo he pensado.

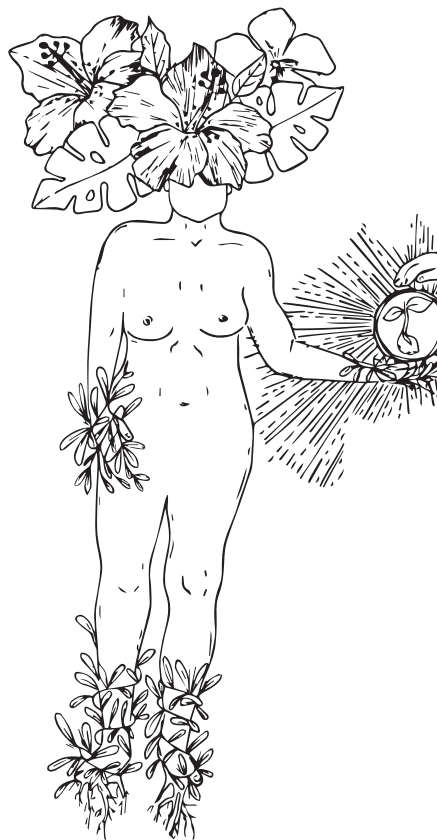
Decirlo en voz alta podría parecer una candorosa redundancia. Ser maestro requiere enormes dosis de vocación y de servicio, de apostolado, si se quiere seguir la larga tradición de la pedagogía romántica. Se trata de un pensar y de un hacer en clave de los otros, sobre todo de los niños, con la seguridad de que algo allá en eso lejano que llamamos futuro pueda solucionar la urgencia de los días y que en el caso del municipio de Granada se antoja muchas veces realmente insuficiente. Lejos de las decisiones oficiales, pero cerca, muy cerca de los problemas reales, profesores, padres de familia, comunidad organizada e incluso los mismos estudiantes revisan una y otra vez ecuaciones y fórmulas que mejoren el asunto educativo en uno de los países más desiguales del planeta. Los algoritmos son sencillos, todos los conocemos: atención, financiación, oportunidades, balance. Últimamente, el enemigo mortal es la corrupción, porque, sabe usted, luego del desarme de la guerrilla, del fin de la guerra (la grande, verá usted, porque las otras permanecen), de los anuncios y de los titulares, la mirada tuvo que regresar al problema recurrente. Se la roban, la plata se la roban. Ello responde a la tácita pregunta por los tableros desvencijados y los insípidos

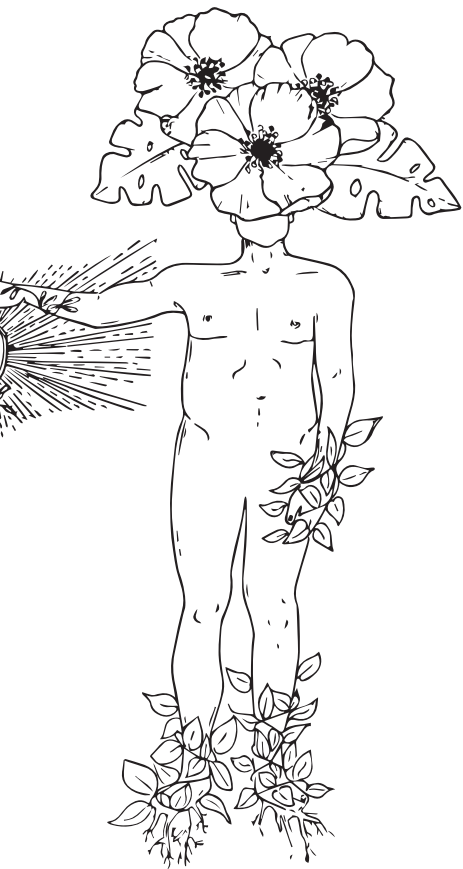


e insuficientes refrigerios, por las carencias y las ausencias que deben resolverse, pero que no evitan la memoria.

Cuando uno tiene unos ambientes hostiles como los que me ha tocado vivir, uno, de verdad, que esto lo hace madurar. Ningún libro que me he leído, de ningún pedagogo, de ninguna universidad, ni siquiera de Europa o Estados Unidos me ha hecho entender, como la práctica, la manera como uno tiene que ver la educación aquí en Colombia. Estar en el campo de batalla, ver niños desplazados, ver niños reclutados por x o y movimientos, la zozobra de que nos van atacar, de que al padre de familia lo mataron, de que le quitaron la cabeza, como me pasó a mí en Puerto Rico, Meta. Esto definitivamente lo marca y hace que hoy en día vea los niños con esa, con esa ternura y con ese como cuidado especial para no maltratarlos a ellos. Y cuido mis palabras y cuido mis acciones. No seré, no seré siempre el mejor maestro o la persona, pero evité entrar en choque con ellos, siempre busco el diálogo, evito el enfrentamiento... No voy a decir que es fácil, porque como ellos vienen de una violencia y así también lo quieren ver y lo quieren tratar a uno, entonces esos choques son inevitables.

El tono de voz de Ignacio se hace obligatoriamente digno. Se trata de un maestro, que





ahora nos explica desde el adentro de una experiencia que desconocemos, así nos parezca suficiente, pues habla desde la piel de quien ha anclado el territorio en su carne y en sus vísceras con la complicidad de la rutina, insistiendo en que la comprensión desde el escritorio es imposible y que hay que ver acá, la mirada entrecortada, los claroscuros que los grandes medios o la generalización de la política no presentan o que niegan o que francamente desconocen. Y es que simplificada como está, la tarea docente en estos territorios del desarraigo solo se permite mostrar para las tareas heroicas, para los concursos o para las marquesinas entristecidas que anuncian tiempos mejores. Nada más lejos de la realidad que pasa tarde con tarde con la modorra vespertina y que en este lugar del mundo constituye lo real. Se ha dicho hasta el cansancio: ver no es comprender, sentir no es experimentar, habitar no significa vivir, estar no significa ser.

Mi proyecto de grado en la Universidad de La Sabana fue sobre la tolerancia, y ese proyecto me ayudó a entender que el diálogo, la falta de comunicación, es la raíz de todo este conflicto que tiene el país desde hace muchos años, jentre otros conceptos políticos, económicos de la geopolítica! Pero para mí es la falta de diálogo. El que yo tenga que imponer mi palabra por

encima de la suya y que mi palabra es la única que vale, entonces eso es lo que nos lleva a un conflicto y de verdad que es difícil, en una sociedad como la nuestra, que me respeten mis pensamientos. Aquí nos matamos por dos, por varias situaciones. Yo soy godo o soy liberal y empezamos la Violencia. Porque yo soy guerrillero y el otro es autodefensa entonces impongo mis ideas. Todo parte de la idea, entonces, cuando hay una imposición de ideas empiezan los choques y esos son los choques que de pronto uno también empieza a ver en los estudiantes, y es donde uno a través del tiempo empieza como a regular, a tomar cómo, cómo ver las cosas con mayor claridad y con mayor madurez para darle una solución, porque hay que dar una solución a esto.

La parla se extiende. Los niños regresan a sus clases, sudorosos pero felices, luego del necesario receso. Los más grandes continúan la recocha bajo las gradas del segundo piso. Igual, ya pronto egresan y su único interés es el prom que aliviana los once años de cansancio en que se convierte el colegio. Necesidad dura para algunos, tiempo perdido para aquellos otros que tienen la señal del no futuro en sus frentes, porque, ¿sabe?, igual la universidad es imposible, eso no es para mí. Lo mío es el campo, señor, como mi papá al que no conozco y a pesar del llanto de la madre. ¡A ver qué hago! Pa' las que sea, papi.

El calor golpea duro a la visita. La memoria del maestro regresa, aligerada:

La gente estaba muy asustada y pregunté: ¿Por qué están asustados?, ¿por qué me advierten que aquí va a pasar algo?, me dijeron: Profe, es que aquí, de la sabana para allá, del río para



acá, margen izquierda, están las autodefensas, y de la margen derecha, Chispas, está la guerrilla y están que se dan, y a este pueblo lo quieren acabar..., pues yo venía aquí a Granada y le contaba a mi esposa todo ese terror y decía pero tú no tienes nada que ver, bueno, pues yo me iba con esa tranquilidad de quien nada debe y efectivamente pasó. Afortunadamente, duré tres meses, casi los tres meses, o no, antes de los tres meses, y en ese entonces la secretaria de educación citó a todos los maestros en la escuela principal del pueblo..., llevábamos como tres, cuatro días de capacitación, todo pago, cuando la noticia que mi comunidad había sido desplazada y había acontecido algo que realmente no me cabe en la cabeza, ahí terminaron muertas dos personas. Uno, el que me vendía el maíz para mis pollos, pollos que finalmente se los comieron las autodefensas, porque ni siquiera la señora que me ayudó y me cuidó tanto, yo se los regalé, ella ni siquiera los disfrutó.

A él lo mataron de una manera muy... diría que muy tonta. Era un viejito, y él se puso a decirle supuestamente al guerrillero que ahí estaban las autodefensas. Lo que no sabía el señor era que ya no era de la guerrilla, sino que ya pertenecía al bando de las autodefensas. Y le propinaron un tiro delante de todos en el polideportivo de la Lindosa, entre comillas por sapo.

Eso me lo contaron, yo no estaba ahí afortunadamente para presenciar esa terrible escena. El otro señor me parece que fue más cruel la situación y lo es, porque tenía como seis niños, de nombre José. Todavía no olvido ese nombre. Un tipo iletrado, campesino, tenía seis hijos, me decía profe, yo le puedo mandar tres y



los otros no puedo porque no me alcanza la plata. Le dije hagamos una cosa, mándeme los niños que yo aquí, como me dieron la cooperativa, yo de la cooperativa saco para darles el almuerzo a los niños y los cuadernos. Con ese compromiso él me los envió, el señor me los envió los seis y era compartido y para mí era muy chévere tener seis niños ahí, sus hermanitos, los hermanitos ahí juiciosos. A ese padre de familia fue más duro porque a él si le quitaron la cabeza. Le quitaron la cabeza con una motosierra.

El cuerpo, el bastidor: el cuerpo, el símbolo

La literatura especializada recuerda, no sin acierto, que el cuerpo de las víctimas en situaciones de conflicto armado constituye el locus en el cual se solaza la guerra, el escenario propicio a partir del cual se ejemplifica o se previene al contrincante, el bastidor de una pieza que evidencia y advierte, el territorio predominante del combate. Razón tienen quienes sugieren que es el cuerpo la víctima principal en estos episodios del horror, alentando la humillación, la negación o la instrumentalización de los sujetos. Sujetos de cuerpos afectados por una multiplicidad de dobleces que ha producido la guerra en sus variadas y atroces manifestaciones, de manera muy especial en aquellos considerados vulnerables: niños, jóvenes, mujeres. Los cuerpos como maderajes de la violencia, de las violencias que se instalan en la memoria, pero también en los cuerpos y las corporalidades de sus víctimas y que se quedan allí, muchas veces en los explicables silencios o en formas de resistencia que celebran la existencia humana.

La pregunta del cronista fue simple, la respuesta del maestro fue brutal.



Entonces había trofeos. El trofeo era los cuerpos de los guerrilleros. No importaba que fuera sábado, domingo o lunes, y el otro trofeo era una bomba que ellos tenían como monumento, entonces eran como campos de batalla. Si ustedes conocen El Castillo, todo alrededor del puesto de policía es un campo de batalla. Son casas desbaratadas, son sitios desoladores y hasta el día de hoy como que todavía sigue siendo así. Pero de verdad, algo que yo recuerde de El Castillo es eso y la zozobra constante de la guerrilla.



Una anécdota: yo estaba dando una clase de derechos humanos y estábamos hablando con el grado noveno sobre eso en particular, cuando los chicos: “Hola, profe” Qué pasó”. “Profe –yo estaba recién llegado al colegio, trabajaba en el sector rural y empezaba en el sector urbano–, profe”, “pero qué, no me interrumpa...”, yo seguí con mi cuento de los derechos de los civiles, de cuáles son los deberes de los implicados en la guerra..., “¡pero, profe, usted no escucha!, no”, “¿qué paso?” Y todo el colegio estaba corriendo pa’ un lado y pa’ otro y profesores y las balas pegaban atrás de mi salón, estaban disparando de una arrocera que estaba detrás del colegio Ovidio Decroly, cuando... “profe, están dando bala”. Ya cuando vi que desencañaron el fusil, los soldados disparando desde el salón de nosotros, eso fue terrorífico, porque varios niños se nos desmayaron en el intercambio de balas, los niños se desparpajaban, los profesores y las profesoras se nos desmayaban, pero el secretario en la camioneta llevando niños para el hospital. Eso era caótico.

Los exponían en el parque, como trofeos, y eso lo ventilaban. Entonces todos los chicos del colegio salían ah, ah, ja, el triunfo, la

*bandera, matamos dos, matamos tres. Entonces uno dice: “Jue-
madre y esto qué pasó” y no los arropaban, o sea, los exponían
con uniformes, como trofeos.*

La conversación se detiene de repente. Las muchas memorias también producen sus olvidos, sus pausas, sus introspecciones. La tarde se hace noche y los grillos ocupan su silencio. Hace ya un buen rato que los chicos salieron a sus casas, mientras Ignacio recoge materiales y apura un último sorbo de café, a esta hora frío y desabrido.

Granada se recoge con pasos de ganso, mientras sus habitantes hacen preparativos para la mañana siguiente esperando –Dios mediante, sabe usted– que el día permanezca con esa dulzura limpia y brillante que esperanza y alivia. La noche se hace bostezo y la luz se apaga, aunque la memoria permanezca.

**Ignacio lo sabe. Nosotros también.
Vereda Barcelona, enero de 2018.**





Poema

I

En cada destierro la tierra se desvanece.
Y en cada fosa que es un entierro
mi cuerpo aún palidece. La tierra,
mis pies en la tierra.

Los pies que se quiebran en la tierra
que se abre en mil pedazos.

Un sueño que se repite una y otra vez: pisada,
sobre pisada. La tierra pesa solo donde brota
la llegada de la primavera. Yo la veo en las
heridas de un árbol adentro
y ella nos mira con los ojos bien abiertos.

II

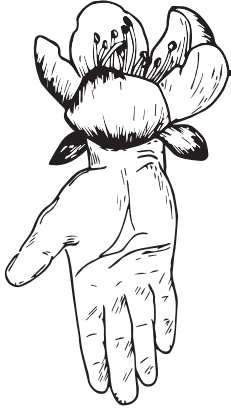
Hay cuerpos que se ocultan en
los campos de trigo.

Y caen en silencio como caen las hojas
rotas bajo un túnel de bajos vegetales.

Conservan el mismo aroma de su
profundísima soledad.

También hay otros que sentados en la enramada
muestran sus tobillos heridos por la hierba.

Es el hambre, el olor, la mugre, el frío.
La lejana casa que se deja atrás.



Hallan consuelo donde no hace falta
el llanto y el único ruido que desean escuchar es el de sus pies.
Corren con duelo, cuidando los restos de sus desaparecidos.

III

Se extiende hasta tu frente que ahora está llena de pájaros,
pájaros que alzan el vuelo mientras te hundes en la arena seca.

Y pierdes el nombre que se queda en tus manos
tan gravemente puestas en el pecho.

Y la tierra te pesa, como pesan tus uñas.
Eras joven en el ancho de tus días.

Y largo tu cuerpo, en esta noche de cuatro
vueltas de llave.

Aún te miro recorriendo las calles junto
al humo negro de las chimeneas.

Negros eran tus ojos, llenos de melancolía de humo.

Dónde estará tu vida que fue interrumpida
por quien no besa con los párpados caídos.

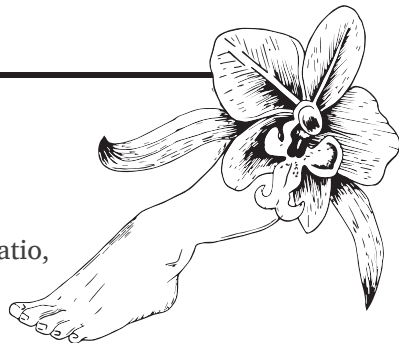
Ya volverás, pienso. Porque si no vuelves
no hay quien apague la leña al amanecer.

IV

Madre, acuérdate de cuando te arrodillabas
y juntabas las manos aferrándote a un escapulario.
Suplicabas a lo único que queda en tiempos de
dolor, la compasión de un dios por sus hijos.



Yo te miraba desde la ventana del patio,
madre, nunca lo supiste,
pero te miraba cada mañana.



Externos I

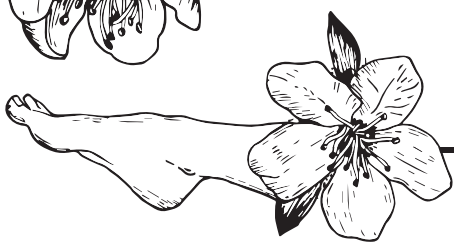
Una casa que se desmorona ante la mirada impaciente de sus visitantes: relámpago que viene de lejos y desordena el atardecer. Un hijo que avecina su dolor y, cansado de tanto y tanto, ofrece una nueva lágrima al sol antes de que suenen los grillos. Un niño tristísimo que corre tras un perro sin cola y en la alta colina se detiene. La voz, el eco de una voz, que en la llanura de Guadalupe rebota entre los morichales.

II

Un cuaderno gastado, una campana rota, un tablero ruinoso, un diario que no fue nunca. Que no será jamás. La ausencia de risas en las mañanas calurosas, el amargo olor del café rancio, el adiós en la memoria: arquitectura perfecta para tiempos desolados.

III

Un cuerpo que no alcanzó hombre o mujer, una geografía capilar que recuerda otros días, otros lugares, otras anécdotas. Una piel que cerca el alma y que a pesar de ello persiste. Un sexo ansioso, una pasión que estalla y que destruye.



IV

Así la vida en estos días memoriosos.
Así a pesar de todo en este particular
lugar del mundo.

Últimos testigos

Quienes conocen el color del fuego
sobre los pastizales
de tanto y tanto errar por la comarca
con un hatillo sobre la espalda
Quienes visitan desconocidas geografías temerosas
alentados por ausencias de mango y mamoncillo
Quienes conocen el sabor y el olor de la sangre
de sus vecinos agazapados siempre como renacuajos
en las charcas
Quienes visitaron a sus madres por última
vez hace cientos de años y todavía
recuerdan la cartografía de su risa
Quienes se aferran a fotografías amarillas
tratando de descubrir de ellas apenas un rostro
conocido en el penoso atardecer de este mundo.
Quienes han sido alejados, exiliados, amarrados,
exterminados, pero conservan la posibilidad
de un nuevo día.
Ellos, los hijos y autores de esta tierra.
Ellos, mis compatriotas. Ellos, mis hermanos.

